

XIII

Ante Alejandro cayó
Vencida la tierra entera,
Y á Alejandro lo venció
Una buena borrachera.

RICARDO CARRASQUILLA

EL ROMANCE CASTELLANO

Sea cual fuere la opinión que se adopte acerca del origen del romance octosílabo castellano, no puede dudarse que se confunde con el de la lengua misma, también llamada *romance*, y que fue el metro propio de nuestra poesía popular más antigua, de la que cantaba el vulgo, y de la que conservaba en su memoria las hazañas, los milagros, los amoríos y todo género de tradiciones. Tenemos muchos compuestos en la más remota antigüedad, ignorándose el nombre de sus autores; y aunque rudos é inarmoniosos, ofrecen sumo interés, y son tan vigorosos en la expresión y en los pensamientos, que nos encanta su lectura; encontrando en ellos nuestra verdadera poesía castiza, original y robusta, luchando con una lengua naciente, estrecha, insonora y semibárbara. Su efecto es tan grande, como se advierte cuando los oímos intercalados con toda su rudeza, y con su antiguo lenguaje, en el diálogo de comedias históricas muy posteriores. Célebres ingenios del siglo XVII dieron con ellos, aunque pertenecientes á época tan inculta, y á una literatura tan atrasada, mucho realce á sus composiciones. Luis Vélez de Guevara, en su drama titulado *Reinar después de morir*, Cubillo de Aragón en *El rayo de Andalucía*, y los autores de *La más hidalga hermosura*, lo hicieron así con mucho acierto, ingiriendo en estas co-



medias los romances, que muchos años atrás andaban ya en los labios del vulgo, solemnizando el infortunio de D.^a Inés de Castro, la muerte y venganza de los Infantes de Lara, y la noble determinación tomada por los castellanos de libertar á su Conde Fernán González, preso á traición por el Rey de Navarra. Innumerables ejemplos pudiéramos citar de esto mismo. Y el apoderarse así á la letra de los antiguos romances, para realzar con ellos los dramas históricos, ha merecido elogio hasta del severo y clásico Moratín en su obra titulada: *Orígenes del teatro español*.

El romance octosílabo más acomodado á los oídos y á la memoria del vulgo, que los informes y pesados versos del poema del Cid, y que los alejandrinos más ataviados y cultos de Gonzalo de Berceo, prevaleció sobre ellos campeando siempre como verdadero metro nacional. No sólo se cantaban en él hazañas pasadas, sino que se escribían nuevos romances siempre que ocurrían acontecimientos notables, y sucesos ó hechos de armas, cuya memoria debía conservarse. Y había poetas de profesión en los campamentos de nuestros caudillos, y en las cortes de nuestros reyes, que cantaban en este metro sus proezas y sus conquistas. El glorioso Rey San Fernando llevaba en las huestes con que ganó á Sevilla á *Nicolás de los romances*, sobrenombre que le dan las crónicas, y que demuestra cuál era su ejercicio, y ejercicio á que debió repartimiento después de la conquista, entrando á la parte con los guerreros, como poeta de la expedición, en el despojo de la victoria. ¿No recuerda esto la importancia que tuvieron los bardos de los antiguos pueblos del norte, porque eran los que conservaban la historia de sus hazañas?

La consideración que merecían los romances históricos de aquellos siglos, y el crédito y fe que se les daba, se conoce al recordar que de las tradiciones conservadas en ellos se formaron muchas de las narraciones de las crónicas que se escribieron después. Narraciones que aun cuan-

do sean de hechos falsos ó exagerados, y que por lo tanto hayan sido últimamente arrojados de la historia por la crítica moderna, tienen siempre para nosotros una ventaja inapreciable, la de darnos á conocer las ideas de los siglos en que se escribieron y creyeron.

Los romances más antiguos que poseemos refieren hazañas ó milagros y caballerías de la Corte de Carlomagno, por donde se ve que nuestra poesía tuvo el mismo origen que la de todos los países del mundo: la admiración de los grandes hechos y el entusiasmo religioso. Estos romances antiquísimos tienen la misma estructura con que hoy los hacemos; pues son versos de ocho sílabas, en que los impares van libres ó sueltos, y los pares rimados con una misma desinencia. Y en esta estructura particular, y colocación alternada de la rima, apoya el ilustrado Conde su opinión, que es la más admitida, de que el romance castellano proviene de los versos árabes de diez y seis sílabas, pareados, esto es, rimados de dos en dos; que se escribieron por ignorancia ó de intento, divididos en hemistiquios, y cada uno de éstos en un renglón aparte, resultando la rima alternada y como hoy la colocamos en el romance.

Estos fueron constantemente escritos en consonante rítoro y uniforme, lo que les daba un monótono y continuado martilleo muy desapacible. Y en los más antiguos, como escritos en la infancia de la lengua, y cuando aún no estaba fijada, los poetas añadían letras y sílabas á las palabras finales de los versos, ya para completar el número, ya para formar el sonsonete. Siendo ciertamente muy desagradable y fastidiosa la repetición del mismo sonido cada dos versos veinte ó treinta veces, ó acaso más, pues algunos de aquellos romances son de bastante extensión; los adelantos de la lengua y del buen gusto produjeron la invención y adopción del asonante. Bien sea éste, como muchos creen, y no sin fundamento, tomado del árabe; bien que se descubriese por mera casualidad; bien que el deseo de evitar la pesadez de la repetición de un mismo consonante hicie-

se observar, que en nuestra lengua basta la conformidad de las dos últimas vocales de una palabra con las de otra, para formar una rima muy distinta y armoniosa; el romance se apoderó exclusivamente de este primor de nuestro idioma, de esta semidesinencia, que luégo se introdujo en otros metros, como artificio exclusivo de la versificación castellana, y que más adelante admitió el vulgo con particular y decidida preferencia en sus seguidillas, tiranas, etc. Pero no hay ejemplo de esta ventajosa innovación anterior al siglo XVI.

Mucho ganó con ella el romance en soltura, facilidad y armonía, como ganó, bien que á costa tal vez de energía y severidad, en orden, gala y corrección, cultivado por los ingenios de aquella época aventajada. Y saliendo del estrecho campo á que estaba reducido, empezó en manos del fecundo Lope de Vega, del lozano Góngora, del portentoso Caldèron, y de otros buenos ingenios, á prestarse á todo género de asuntos, ya eróticos, ya filosóficos, ya místicos, ya satíricos, engalanándose con todos los atavíos de la buena poesía. Entonces nacieron los romances *moriscos*, engañándose mucho los que, escasos de erudición, juzgan estas composiciones originariamente árabes. Error que se nota con sólo considerar que ni las costumbres, ni los afectos ni las creencias, que en ellos se atribuyen á personajes moros, son los de aquella nación; advirtiéndose desde luego que son cristianos enmascarados con nombres y trajes moriscos; moda que produjo muy felices composiciones, y que estuvo una temporada tan en boga entre nuestros poetas, que el mismo Góngora, que la ridiculizó festivamente en un romance jocos, tuvo que obedecer á ella, y escribió muchos y muy bellos romances moriscos. Inventados fueron, pues, éstos por los ingenios castellanos; y los que Pérez de Hita introdujo en su *Historia de las guerras civiles de Granada*, compuestos por él, como todo el libro, exornado con narraciones fabulosas. No es esto negar absolutamente que pueda acaso alguno de los romances moriscos

de aquel tiempo ser traducción ó imitación de alguna antigua composición árabe.

En pos de los romances moriscos vinieron los *pastoriles*, en que fue extremado el Príncipe de Esquilache, y en que perdió aquel metro mucho vigor y lozanía, ganando algo en ternura y en sencillez. El ingenio colosal de Quevedo se apoderó también del romance para la sátira, y le dio en este género un ensanche sin límite, y una facilidad sin igual, haciéndolo asiento, no sólo de todas las festivas sales de nuestra lengua, sino de los pensamientos más nuevos y originales, y de todas las frases más agudas y festivas de que es capaz idioma alguno.

El romance octosílabo castellano se adoptó muy desde luego por los poetas dramáticos, y en comedias anteriores á Lope de Vega lo vemos ya introducido, y continúa hasta nosotros siendo el metro favorito del teatro. Nuestros antiguos poetas cómicos lo mezclaron con quintillas, redondillas, cuartetas, décimas, octavas, sonetos, liras y aun versos sueltos, mirando como una belleza del drama la variedad de la versificación; pero en Lope, Alarcón, Tirso, Calderón, Moreto, Rojas y demás insignes dramáticos se observa que emplearon casi exclusivamente el romance para las narraciones. Este fue luégo enseñoreándose completamente de la escena cómica, hasta que se hizo dueño absoluto de ella, á fines del siglo pasado, arrojando de su término los demás metros. Castrillón fue el primero de los modernos que restableció el antiguo gusto de variar la versificación en la comedia; y hoy día se ha (en nuestra opinión con muy buen acuerdo) completamente restablecido.

La misma popularidad de que gozó el romance desde su origen, por los asuntos que le fueron peculiares; la facilidad que adquirió su composición con la introducción del asonante; la vulgaridad que le dio el diálogo cómico; y la soltura y ensanche que debió, como dejamos dicho, al gigantesco ingenio de Quevedo, lo fueron entregando al

brazo seglar de los meros versificadores y de los copleros vergonzantes. Y convertido al fin en su patrimonio exclusivo, murió á sus manos, ya hinchado y ridículamente culto; ya lánguido, trivial y chabacano. Desacreditándose hasta tal punto, que fue últimamente mirado como el verso escrito sólo para el vulgo, y como el que podía permitírsele al vulgo en sus groseras composiciones; y los hombres literatos comenzaron á asquearlo y á desdeñarlo.

En vano Luzán hizo su elogio, y demostró su importancia en el renacimiento de la poesía española, á mediados del siglo pasado. En vano Meléndez justificó con su ejemplo la doctrina de aquel erudito, y escribió no sólo romances eróticos y descriptivos, sino también composiciones líricas de un género más filosófico y atrevido en el mismo metro. Y en vano se reimprimieron muchos romances antiguos, con razonados prólogos, tributando al género los elogios más encarecidos: el romance no resucitó. Los ingenios que han honrado nuestro Parnaso después de Meléndez, apenas han escrito alguno que otro, ya erótico, ya jocoso, dedicándose exclusivamente al cultivo de los metros italianos. Y los poetas más recientes tampoco han hecho esfuerzo alguno á favor del romance, ya que tantos hacen por resucitar las coplas de arte mayor, y por aclimatar en nuestro suelo los cuartetos endecasílabos con consonantes agudos, que dan á nuestra lengua un giro mezquino, y una canturía, más propios del idioma francés que del castellano.

Es ciertamente extraño que en esta época de ensanche, y acaso de regeneración (en que la poesía, rompiendo los estrechos límites de reglas arbitrarias, aunque respetadas por un siglo entero, pugna por volver á su origen, dejando á un lado la servil imitación de griegos y latinos, y buscando inspiraciones propias en épocas más en armonía con las sociedades modernas), no haya renacido con muchas ventajas el romance octosílabo castellano. Pues buscándose en los tiempos feudales y en los siglos caballerescos los

asuntos y el colorido de la poesía actual, ningún otro metro podía encontrarse más á propósito, como castizo y original; como nacido en la época misma de los héroes que ahora se celebran; como depósito de esos matices mismos que hoy se buscan con tanto empeño; y como el más adecuado, en fin, por su sencillez, facilidad y soltura, á todos los tonos de la poesía; y por lo tanto á los atrevidos, variados y desiguales vuelos del *romanticismo*.

Pero aún más extraño es que en esta época misma, literatos que gozan de justa nombradía, hayan emprendido proscribir *por principios* el romance, como indigno del Parnaso español y como metro despreciable y chabacano. El primero que ha escrito contra el romance ha sido un extranjero: el alemán Schelegel, el que sin negarle gracia y gallardía, decide que no es capaz de la poesía digna de elogios y de imitación. Que un extranjero se haya equivocado y sentenciado sin conocimiento de causa, no es de extrañar, pero sí lo es, y mucho, que le hayan seguido y reforzado escritores nacionales, y no ignorantes por cierto de nuestra literatura.

En una obra elemental, que anda de real orden en manos de la juventud, se deprime hasta con encono, y se ridiculiza hasta con pueril acritud el romance octosilábico castellano, como indigno de la poesía alta, noble y sublime. Se asegura en ella que *aunque venga á escribirle el mismo Apolo, no le puede quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara*. Y se sienta como positivo, que las más triviales y chabacanas se ocurren inmediatamente á todo español, que lee ú oye una ó dos coplas de romance, aunque éste sea muy bueno y de asunto muy grave y elevado. Decidir tan absolutamente contra un metro en que tan excelentes cosas se han escrito; que es sin disputa la forma en que apareció nuestra verdadera poesía nacional; que se ha amoldado siempre con ventaja á todos los géneros, á todos los tonos, á todos los matices, á todos los asuntos imaginables, en manos de

nuestros mejores poetas; y, que ya rudo, vigoroso y desaliñado, ya galano y florido, ya tierno y melancólico, ya templado y armonioso, ya jovial y satírico, se ostenta siempre como la mayor riqueza de nuestro Parnaso, es un incomprensible atrevimiento, fundado en un aislado capricho, que se opone á la opinión general.

Dígame enhorabuena que el romance octosílabo no es á propósito para escribir en él toda una *Epopéya* (si es que á alguien le da en este siglo la mala tentación de escribir alguna); pero excluirlo de la poesía sublime, de la poesía histórica, de muchas partes de la *Epopéya* misma, como las narraciones, las descripciones, las sentencias filosóficas, los cuadros poéticos, cuando tenemos tan excelentes trozos de estas clases escritos por nuestros mejores autores en romance; es demasiado pretender, es arrojarle con suma ligereza á dar una sentencia definitiva, que carece de fundamento.

Dice el autor que impugnamos, que todo romance recuerda una *jácara* vulgar. ¿Quién que tenga oído y alma recuerda las chabacanadas del vulgo cuando lee ú oye el sencillo y sublime romance histórico, en que se pinta *al señor de Hita y Buitrago*, en la batalla de Aljubarrota, que viendo á su rey con el caballo muerto, le da el suyo para que se salve de aquel desastre, le recomienda á su hijo, y se entra á pie á morir como bueno en lo recio de la pelea?..... ¿Quién recuerda las coplas de los ciegos, cuando lee el riquísimo romance de Góngora á *Angélica y Medoro*, tan lleno de poesía, de amor, de encanto; ó los romances del Cid, muchos de los pastoriles de Esquilache, y los tiernos y de estructura lírica de Meléndez? ¿A quién, en fin, se le ocurren esas vulgarachadas, que tan presentes tiene el preceptista, cuando le encantan en el teatro los hermosísimos romances en que el gran Calderón hace sus exposiciones, y en los que todos los géneros, todos los estilos se ven tan maestramente manejados? Y en vano es alegar en contra nuestra el gran número de perversos romances que

se han escrito; porque también se han escrito gran número de malísimas octavas, de enrevesados tercetos, de sonetos abominables. Y al que me arguya con los romances de Montoro y Maruján, yo le opondré las ridículas y extravagantes silvas de Gracian, y los desmayados y prosaicos endecasílabos de Iriarte, y no nos quedaremos nada á deber.

Ciertamente aún no le ha ocurrido á ningún italiano el proscribir los sonoros y fluidos versos cortos cantables, tesoro inagotable de su idioma, y tan cultivado y engrandecido por Metastasio y otros grandes poetas; fundado en que son los mismos que cantan, vulgarizan y achabacanan los copleros improvisadores de las hosterías y de las plazas públicas. Y precisamente en ellos ha escrito el insigne Manzoni una de las odas más altas, sublimes y filosóficas de nuestros días, la que intitula *el 5 de Mayo*, y cuyo argumento es la muerte de Napoleón. ¿Y el francés Beranger no ha colocado su nombre entre los primeros líricos de este siglo, sin escribir más que en los metros más vulgares de su país?

No somos nosotros de los que creen que la poesía consiste únicamente en la forma con que se expresa el pensamiento, atribuyendo todo el encanto de este arte divino sólo á la expresión. Por lo tanto no damos tanta importancia al metro que busca el poeta para transmitirnos las imágenes de su fantasía y los afectos de su alma. Creemos, sin embargo, que ciertas formas pueden contribuir á aumentar el efecto en algunos casos, y que ciertas armonías pueden excitar más ó menos nuestras emociones. Pero fijar reglas en el particular, y que el frío preceptista decida magistralmente en la materia, y marque (aunque sea citando á Horacio) en qué número y con qué armonía se han de expresar tales y tales pensamientos, tales y tales pasiones, nos parece absurdo.—¿Y esas reglas en qué pueden fundarse?..... ¿No vemos la rotunda y pomposa octava, el verso heroico por excelencia, aplicada con tanta facilidad y magisterio, por el flexible ingenio de Ariosto, á todos los

tonos, desde el más sublime y apasionado hasta el más trivial y burlesco; ya á la narración épica más alta, ya á la descripción más florida y lozana, ya á la relación más baja y vulgar? ¿Y no parece, al leer el *Orlando*, que la octava está inventada, exprofeso, para cada uno de estos géneros, para cada uno de estos estilos tan diversos y tan encontrados?... Lo mismo diremos de los demás metros. En los severos tercetos en que el terrible Dante nos pinta sus espantosas visiones, escribió el templado y melancólico Rioja sus pensamientos morales y apacibles; y en tercetos están escritas las sátiras de los Argensolas, y aun las más libres y sarcásticas de Quevedo y de Arriaza. ¿Y el soneto?... No hay combinación métrica y rítmica más artificiosa, de más pompa y majestad: parece hecha adrede para encerrar los pensamientos más sublimes y encumbrados. Pues tan felizmente se presta á los místicos y á los históricos, como á los profundos y filosóficos de los Argensolas, á los risueños y floridos de Arguijo, á los melancólicos y pastoriles del Bachiller Francisco de la Torre, y á los chistosos, libres y hasta chabacanos del gran Quevedo. ¿En qué ejemplos, pues, fundan los preceptistas esas reglas con que quieren tiranizar al ingenio y encadenar la imaginación?... Por fortuna el ingenio creador y la imaginación fecunda producen sus grandes bellezas, sin acordarse de los preceptistas, y echando mano del instrumento que su propio instinto les sugiere, como el más á propósito, en el momento de la inspiración.

Si todos los metros se prestan más ó menos á todos los géneros de poesía, y en todos ellos pueden expresar felizmente sus ideas y sus afectos los verdaderos poetas, porque saben darles el tono, el giro y la armonía más convenientes á la expresión de sus pensamientos y de sus pasiones; el romance octosílabo castellano es acaso la combinación métrica, que obteniendo la primacía para la poesía histórica, como la más apta para la narración y la descripción, se presta más naturalmente á todo género de asuntos, á toda

especie de composiciones. Su facilidad aparente, esa facilidad misma, que le echan en cara los que creen que la poesía consiste en vencer dificultades de rima y de versificación, le da una elasticidad suma, y es sin disputa uno de sus mayores méritos; y si se examina esa facilidad, se hallará acaso en ella un peligrosísimo escollo para el poeta. La variación de sus giros y de sus cortes, pues los que le niegan este dote no han leído los hermosos romances que Calderón introduce en sus comedias, y en que con efectos sorprendentes los ha diversificado hasta lo infinito, hacen al romance el metro más á propósito para el cambio de tono y para la variación de colorido. Y hasta la armonía del asonante, que en una composición larga puede de cuándo en cuándo variarse sin la menor dificultad, y que es tan exclusivamente española, tan grata á los oídos españoles, tan varia y de suyo tan dulce y tan poco fatigosa, hace del romance castellano el instrumento más á propósito para todo género de asuntos. Y su rapidez misma ¿no está indicando que es el verso octosílabo el más adecuado para expresar los grandes pensamientos filosóficos, las sentencias profundas, y la sencillez y viveza de los afectos?

Engolfados en esta materia, fuerza es que citemos algunos ejemplos en apoyo de cuanto dejamos dicho, y para demostrar más palpablemente cuán sin razón se ha pronunciado la sentencia contra el romance. Mas no iremos á buscar lo más exquisito y primoroso que en ellos se encuentra, sino que eclaremos mano de lo primero que ocurra á nuestra memoria. Copiaremos, pues, algo de aquel romance anónimo de las exequias del maestro D. Alvaro de Luna. Dice así:

Iba declinando el día
su curso y ligeras horas,
y el padre que al mundo alumbra
para occidente se torna.
A los reflejos divinos
de aquella luz milagrosa,

pálidos, descoloridos,
 cubiertos de negras sombras,
 amenazaba la noche,
 mustia, temerosa y sorda ;
 no de luceros vestida
 de que se pule y se adorna.
 La luna en el primer cielo
 con las nubes se arreboza,
 y en los escondidos valles
 aljófar y perlas llora.
 De las aldeas vecinas
 dejan desiertas y solas,
 unos las casas baldías,
 otros las pajizas chozas.
 Sonaba en Valladolid
 el eco de voces roncás,
 y responden los quejidos
 de las apartadas rocas.
 Hace señal San Benito,
 y su rico templo adornan
 con los funestos tapices
 de bayeta lastimosa.
 Murmuraban por las calles
 de unas orejas en otras,
 la no pensada caída
 de aquella Luna hermosa.
 Juntáronse los ilustres,
 y las iglesias entonan
 el entierro de aquel cuerpo,
 que del cuello sangre brota.
 En los hombros le reciben
 cuatro con sus cruces rojas,
 que le sirvieron en vida
 y en la muerte le dan honra.
 Pusieron el cuerpo helado,
 debajo una dura losa,
 y con el peso insufrible
 dio temblor la tierra toda.
 Al rededor de la tumba

arden lumbres, todos lloran
 de la miseria infelice
 la tragedia lastimosa.
 Sollozan sus tiernos hijos,
 lamenta su triste esposa,
 y de su vert da sangre
 pide al cielo la deshonra, etc. etc.

Acaso para los que opinan que la poesía consiste en huecos sonidos, y en pomposas cláusulas, no tendrán mérito estos versos. Pero á nosotros nos hacen mucho efecto, y nos parece que están llenos de sublime sencillez, que son altamente poéticos ; y que este bellissimo trozo de poesía histórica no tendría ni más vida, ni más nobleza, ni más dignidad escrito en octavas ó en tercetos.

Por nó alargarnos demasiado no copiaremos algunos trozos de los romances de Bernardo del Carpio, llenos de robustez y de sensibilidad ; ó de los de Arias Gonzalo, en que tan bien pintadas están la lealtad y entereza de aquel insigne castellano, de aquel desventurado padre ; ó de los que refieren las bodas de D.^a Lambra con el señor de Villaren y de Barbadillo, tan llenos de interés y de vida ; pues todos ellos, á pesar de la rudeza de estilo y de la estrechez del lenguaje, están rebosando poesía castiza y original.

El alcaide de Molina excita así á sus soldados á la pelea en un romance anónimo :

Dejad la seda y brocado,
 vestid la malla y el ante,
 embrazad la adarga al pecho,
 tomad lanza y corvo alfanje.
 Haced rostro á la fortuna,
 tal ocasión no se escape,
 mostrad el pecho robusto
 al furor del duro Marte.

¿ Son menos varoniles estos belicosos acentos por sonar en versos asonantados de ocho sílabas ?

Leánse las maldiciones de las Troyanas á Elena; la pintura del Rey D. Rodrigo huyendo del desastre del Guadalete, y la lucha de D. Pedro el Cruel y de D. Enrique, en la que

Riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron,
que fuera Caín el vivo
á no haberlo sido el muerto.

Recuérdense los lamentos del alcaide de Alhama cuando pierde esta fortaleza; y examínese, en fin, el razonamiento de Ruy Díaz del Vivar al Conde Lozano, desafiándolo para vengar á su ultrajado padre, y se verá hasta dónde se remonta el romance octosílabo castellano, en la narración y en la expresión de los elevados y heroicos sentimientos.

¿Será necesario á un español, que escribe para españoles, citar los trozos de las *Moedades del Cid*, de Guillén de Castro; del *Heracleo*, de Calderón, y aun de la *Verdad sospechosa*, de Alarcón, escritos en verso octosílabo asonantado, y tan hermosa y maestramente traducido en versos franceses por el gran Corneille, el padre del teatro francés? Pues compárense los versos castellanos con la traducción y se verá que no son en nada inferiores, aunque de romance, á los pomposos alejandrinos en que se tradujeron, y que en éstos no ha ganado nada la expresión de los pensamientos de nuestros autores.

Si tanta energía y sencillez ofrece el romance para los asuntos históricos, ¡cuánto se presta á la descripción poética y á los afectos blandos! No copiamos, porque es muy conocido, el bellísimo romance, ya mencionado, de Góngora *Angélica y Medoro*, tan rico de poesía, tan armonioso, tan bien escrito. Léase esta preciosa composición, y las descripciones de las fiestas de toros y cañas en otros romances moriscos, y el tierno y apasionado de Meléndez á *Rosania en los fuegos*; y se hallará en ellos la verdadera elocución poética, y se verá que en nada ceden á las mejores

composiciones, que á los mismos asuntos han hecho grandes poetas en versos endecasílabos.

La poesía descriptiva que cabe en el metro que defendemos, puede verse en los versos siguientes:

Entraron los sarracenos
en caballos alazanes,
de naranjado y de verde
marlotas y capellares.
En las adargas tenfan
por empresas sus alfanjes
hechos arcos de Cupido,
y por letra: *Fuego y sangre*, etc.

O en aquellos:

Cuando las sagradas aguas
del ancho y sagrado Betis,
con la multitud de barcos
con dificultad parecen;
cuando entoldadas las popas
de juncia y de ramas verdes,
en el agua escaramuzan.
á pesar de sus corrientes;
cuando mil alegres cantos
que los sentidos suspenden,
interrumpen á los vientos
y enamoran á los peces;
cuando en las torres más altas
mil luminarias parecen,
y cual veloces cometas
atraviesan los cohetes;
entonces, etc.

O en éstos:

Nunca las puertas de oriente
abrió tan hermosa el Alba,
cuando saca de alelifes
las bellas sienas orladas.

O en estos otros de Góngora:

Mirábalo en los ramblares
ora á caballo, ora á pie,
rendir al fiero animal

de las otras fieras rey.
Y con la real cabeza,
y con la espantosa piel,
ornar de su ingrata mora
la respetada pared.

¿Y en la expresión de los afectos ya fuertes é impetuosos, ya tiernos y melancólicos, qué metro aventaja al romance? No es posible expresar mejor la indignación, que lo está en el final de aquel romance, el desafío del moro Tarfe:

Esto el moro Tarfe escribe
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.

Nótese el desorden de la armonía en este último verso.

¡Qué interesante y tierna melancolía reina en todo el romance de Góngora del *Forzado de Dragut*, que empieza:

Amarrado al duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo
ambos ojos en la tierra, etc.

La tierna emoción del cautivo, que descubre desde el mar los montes y las torres de su patria, me recuerdan los siguientes cuatro versos de Matos al mismo asunto en la comedia titulada: *El Genízaro de Hungría*:

Alargando iba los ojos
hacia mi querida patria,
á donde en prisión más dulce
dejaba cautiva el alma.

¿Podía escribirse mejor en endecasílabos el terrible diálogo de Focas y Astolfo en el *Heracleo* de Calderón, solicitando el tirano conocer la verdad para acabar con la sangre de su enemigo, y obligándole el leal anciano á que la respete, por temor de derramar la de su propio hijo?

En romance está escrito este diálogo, y seguramente al saborearlo en la escena nadie recuerda las jácaras que acaso acaba de oír al ciego en la esquina del teatro, por más que tengan el mismo *sonsonete*.

Ningún otro metro se presta tanto, por su sencillez, como el romance, á expresar las sentencias morales y los grandes pensamientos filosóficos. Recordemos aquellos dos versos de Guevara:

Que con decir que son hombres
no se disculpan los reyes.

O éstos de Calderón:

O honor, fiero basilisco,
que si á ti mismo te miras
te das la muerte á ti mismo;

Y aquellos otros:

Hipócrita mongibelo,
nieve ostentas, fuego escondes;
¿qué harán los pechos humanos
si saben mentir los montes?

Y los que dicen:

..... Que nunca tuvo
lo no bien hecho otra enmienda
del arrojo que lo obró,
que el valor que lo sustenta.

Y los que pone en boca de D. Juan Malec, en la comedia titulada: *Amar después de la muerte, ó el Tuzani de las Alpujarras*, en que refiriendo el noble anciano á sus compatriotas los moriscos la ofensa que acaban de hacerle en el ayuntamiento; cuando va á contar que le han dado con su propio báculo un golpe afrentoso, se detiene, y dice:

..... Esto basta,
que hay cosas que cuesta más
el decirlas, que el pasarlas.

Sería necesario un tomo entero para copiar todos los ejemplos de esta clase que se nos ocurren. Y otro para los

que podíamos recordar de expresiones nuevas y pintorescas con que este fecundo metro ha enriquecido la poesía castellana. Y si lo consideramos aplicado á la sátira, y á los asuntos jocosos, en manos de Góngora y de Quevedo, ¡cuánto podríamos citar en su abono! ¡Qué tesoro inmenso de frases felicísimas, de giros extraordinarios, de pensamientos inesperados, que en cualquiera otro metro hubieran acaso perdido algo de su frescura, de su malicia y de su originalidad!

Pero basta ya, porque no hay literato alguno, versado en la lectura de nuestros poetas líricos y dramáticos, á quien no sean familiares los hermosos trozos de poesía, de todos los géneros y tonos, escritos en verso octosílabo asonantado, y tan apreciables por lo menos como cuantos se puedan citar en cualquiera otra especie de versificación.

El romance, que es el metro castizo de nuestra lengua, en que se cantaron las hazañas de nuestros mayores, el que cultivaron y engalanaron nuestros mejores poetas, el que tan bien suena en el diálogo escénico, el que tan dócil se amolda á todos los asuntos, á todos los estilos, tan fácil, tan sonoro, asiento del asonante, primor exclusivo de nuestra hermosa lengua (debido á su variedad infinita de terminaciones, y al sonido puro, fijo, invariable de sus cinco vocales), no debe ser despreciado, ni olvidado por metros y combinaciones rítmicas, que hemos tomado, ciertamente con muchas ventajas, de otro idioma. Y aunque con ellos y con ellas se ha enriquecido el nuestro, y se han escrito muchas obras admirables en todo género, no renunciemos al abundante y rico tesoro de elocución poética castellana que en los romances octosilábicos poseemos, ni desechemos uno de nuestros mejores títulos á la gloria poética.

DUQUE DE RIVAS

